

FRAGMENTOS

LA MISIÓN

RECUERDO DE UNA REVOLUCIÓN

DE HEINER MÜLLER

Inspirada en el relato *La luz sobre el cadalso*, de Anna Seghers

Traducción: Uta Atzpodien y Rodrigo Pérez

(...)

Durante el coito aparece el ángel de la desesperación.

Antoine/voz: ¿Quién eres?

Mujer/voz: Soy el ángel de la desesperación. Con estas manos distribuyo la embriaguez, el letargo, el olvido, placer y tormento de los cuerpos. Mi discurso es el silencio, mi cántico el grito. En la sombra de mis alas mora el espanto. Mi esperanza es el último aliento. Mi esperanza es la primera batalla. Soy el cuchillo con el que el muerto abre su ataúd. Soy el que será. Mi vuelo es la rebelión, mi cielo el abismo de mañana.

Habíamos llegado a Jamaica, tres emisarios de la convención francesa; nuestros nombres: Debuissou, Galloudec, Sasportas; nuestra misión: una rebelión de esclavos contra la dominación de la Corona Británica, en nombre de la República Francesa. Que es la tierra natal de la revolución, el terror de los tronos, la esperanza de los pobres. En donde todos los hombres son iguales bajo la cuchilla de la justicia. Que no tiene pan para saciar el hambre de sus suburbios, pero tiene manos suficientes para llevar la antorcha de la libertad, igualdad, fraternidad a todos los países. Nos hallábamos en la plaza junto al puerto. En medio de la plaza había instalada una jaula. Oíamos el viento de las palmas con las que las negras revolían el polvo del lugar, los gemidos del esclavo

dentro de la jaula, el oleaje. Veíamos los pechos de las negras, el cuerpo estriado de sangre del esclavo en la jaula, el palacio del gobernador. Dijimos: Esto es Jamaica, vergüenza de las Antillas, barco negrero en el Mar Caribe.

Sasportas: Hasta que acabemos nuestro trabajo.

Galloudec: Puedes empezar en el acto. ¿No has venido a liberar a los esclavos? Eso que hay en la jaula es un esclavo. Mañana lo habrá sido, si no es liberado hoy.

Debuissou: Los exponen en las jaulas por haber intentado fugarse o por otros crímenes, para que sirva de escarmiento, hasta que los achicharre el sol. Ya sucedía así cuando marché de Jamaica hace diez años. No mires, Sasportas, a uno solo no podemos ayudarlo.

Galloudec: Siempre muere sólo uno. Son los muertos lo que se cuenta.

Debuissou: La muerte es la máscara de la revolución.

Sasportas: Cuando me marche de aquí colgarán otros en las jaulas, de piel blanca éstos, hasta que el sol les carbonice la piel. Entonces habremos ayudado a muchos.

Galloudec: Acaso fuese mejor instalar una guillotina. Es más limpio. La Viuda Roja es la mejor fregona.

Debuissou: La amada de los suburbios.

Sasportas: Insisto en que una jaula es buena cosa para una piel blanca, cuando el sol luce suficientemente alto.

Galloudec: No estamos aquí para reprocharnos mutuamente el color de nuestra piel, ciudadano Sasportas.

Sasportas: No seremos iguales antes de que nos hayamos despelado mutuamente.

Debuisson: Mal comienzo sería. Pongámonos las máscaras. Yo soy quien fui: Debuisson, hijo de un propietario de esclavos de Jamaica, con derecho hereditario a una plantación con cuatrocientos esclavos. Vuelto al seno de la familia para aceptar su herencia, desde los cielos encapotados de Europa, enturbiados por la humareda de los incendios y la niebla sangrienta de la nueva filosofía; vuelto al aire puro del Caribe, después de que las atrocidades de la revolución le han hecho ver la verdad eterna de que todo lo viejo es mejor que todo lo nuevo. Por lo demás soy médico, un benefactor de la humanidad que no hace distingos entre las personas, amos o esclavos. Curo a uno para el otro, de modo que todo siga como está, mientras dure: mi rostro, el rostro sonrosado del propietario de esclavos, que en este mundo no tiene que temer más que la muerte.

Sasportas: Y a sus esclavos.

Debuisson: ¿Quién eres tú, Galloudec?

Galloudec: Un campesino bretón que ha aprendido a odiar la revolución en la lluvia de sangre de la guillotina —ojalá hubiera llovido a cántaros y no sólo en Francia— fiel servidor del buen señor Debuisson y de la Iglesia. Espero no tener que recitar esto muy a menudo.

Debuisson: Te has salido dos veces de tu papel, Galloudec ¿Quién eres?

Galloudec: Un campesino bretón que ha aprendido a odiar la revolución en la lluvia de sangre de la guillotina. Fiel servidor del buen señor Debuisson. Creyente en el orden sagrado de la Monarquía y la Iglesia.

Sasportas: (*Remeda*). Creyente en el orden sagrado de la Monarquía y de la Iglesia. Creyente en el orden sagrado de la Monarquía y de la Iglesia.

Debuisson: Sasportas. Tu máscara.

Galloudec: A ti no debería resultarte difícil interpretar el papel de esclavo, Sasportas, con tu piel negra.

Sasportas: Huyendo de la victoriosa revolución negra de Haití, me uní al señor Debuisson, porque Dios me

ha creado para la esclavitud. Soy su esclavo ¿Basta con esto?

Galloudec aplaude.

Sasportas: La próxima vez te responderé con el cuchillo, ciudadano Galloudec.

Galloudec: Sé que te toca interpretar el papel más difícil. Lo llevas escrito en el cuerpo.

Sasportas: Con el látigo que ha de escribir un nuevo alfabeto en otros cuerpos, manejado por nuestra mano.

Debuisson: *Victoriosa revolución* no está bien. Así no se habla ante los amos. *Revolución negra* tampoco está bien. Los negros, a lo más, hacen una revuelta, nada de una revolución.

Sasportas: ¿Acaso no ha vencido la revolución en Haití? La revolución negra.

Debuisson: Lo que ha vencido es la hez. En Haití domina la hez.

Sasportas escupe.

(...)

Sasportas (*A Debuisson, que grita*). Lo jodido con vosotros es que no podéis morir. Por eso lo matáis todo a vuestro alrededor. Para vuestras muertas ordenaciones en las que no tiene cabida la embriaguez. Para vuestras revoluciones sin sexo. ¿Amas a esta mujer? Te la quitamos para que mueras más fácilmente. Quien no posee nada muere más fácilmente. ¿Qué te pertenece todavía? Desembucha rápido, nuestra escuela es el tiempo que no vuelve y no pierde ni un suspiro en didáctica, quien no aprende muere también. Tu piel. A quién se la has arrancado. Tu carne nuestra hambre. Tu sangre nos vacía las venas. Tus pensamientos, ¿no? Quién para vuestras filosofías. Incluso tu orina y tu sangre sólo explotación y esclavitud. Por no hablar de tu esperma: destilado a partir de cadáveres. Ahora ya nada te pertenece. Ahora no eres nada. Ahora puedes morir. Sepultadlo.

Estoy de pie entre hombres a quienes desconozco, dentro de un ascensor viejo, y mientras éste sube resuena un chacoloteo de varillaje metálico. Estoy vestido como un empleado o como un obre-

ro en día de fiesta. Incluso me he puesto una corbata, el cuello de la camisa me excoria la garganta, estoy sudando. Cuando muevo la cabeza el cuello de la camisa me ahoga. Estoy citado con el Jefe (mentalmente le llamo Número Uno), su despacho se halla en el cuarto piso, ¿O era en el vigésimo?; en cuanto me pongo a reflexionar sobre ello me abandona toda seguridad. La noticia de mi cita con el Jefe (a quien mentalmente llamo Número Uno) me llegó cuando yo estaba en el sótano, un área extensa con cámaras de cemento vacías y carteles indicadores para la protección contra ataques aéreos. Supongo que se trata de una misión que va a encomendarme. Verifico la posición de mi corbata y aprieto el nudo. Ojalá tuviese un espejo para poder verificar la posición de la corbata y también visualmente. Imposible andar preguntando a extraños qué tal queda el nudo de la corbata. Las corbatas de los otros hombres del ascensor están anudadas impecablemente. Algunos parecen conocerse entre sí. En voz baja hablan sobre algo de lo que no entiendo ni jota. De cualquier modo, su conversación tiene que haberme distraído: en la siguiente parada me llevo un susto al leer la cifra ocho en el indicador de los pisos que está encima de la puerta del ascensor. He subido demasiado o bien me queda todavía más de la mitad del trayecto. Lo decisivo es el factor tiempo. *Cinco minutos antes de la cita es puntualidad verdadera y exquisita.* La última vez que miré mi reloj de pulsera marcaba las diez. Recuerdo mi sentimiento de alivio: todavía falta un cuarto de hora para la cita con el Jefe. Al mirar otra vez sólo habían pasado cinco minutos. Cuando ahora, entre el octavo y el noveno piso, consulto otra vez mi reloj, marca exactamente las diez y catorce minutos con cuarenta y cinco segundos: adiós puntualidad verdadera y exquisita, el tiempo ya no trabaja a mi favor. Rápidamente recapitulo sobre mi situación: puedo salir en la primera parada y correr escaleras abajo, saltando los escalones de tres en tres, hasta el cuarto piso. Si resulta ser el piso equivocado, ello representa por supuesto una pérdida de tiempo acaso de que el

despacho del Jefe no esté allí, bajar al cuarto piso, suponiendo que no se estropee el ascensor, o correr escaleras abajo (saltando los escalones de tres en tres), en cuyo caso puedo romperme una pierna o la crisma, precisamente porque tengo prisa. Ya me voy tendido en una camilla que llevan al despacho del Jefe, por deseo mío, e instalan delante de su escritorio: yo siempre dispuesto a cumplir mi deber pero incapacitado. De momento todo llega a un punto crítico con la pregunta -no susceptible de respuesta previa, a causa de mi negligencia- de en qué piso me estará esperando el Jefe (a quien mentalmente llamo Número Uno) con una misión importante. (Tiene que ser una misión importante, si no, me la habría encomendado por medio de un subordinado). Una rápida hojeada al reloj despeja toda duda posible sobre el hecho de que ya hace mucho que es demasiado tarde incluso para la mera puntualidad a secas, a pesar de que nuestro ascensor, como comprueba una segunda hojeada, aún no ha llegado al duodécimo piso: el horario señala diez, el minuterero cincuenta, los segundos hace rato que perdieron toda relevancia. Algo parece andar mal con mi reloj, pero ya tampoco hay tiempo para una comparación de tiempos: estoy solo en el ascensor, sin haber observado dónde bajaron los otros caballeros. Con un espanto que me pone los pelos de punta veo que en mi reloj, del cual ya no puedo apartar la mirada, las manecillas recorren la esfera con velocidad creciente, de manera que entre cada parpadeo transcurren cada vez más horas. Me percaté de que algo ha estado yendo mal desde hace mucho rato: con mi reloj, con este ascensor, con el tiempo. Me entrego a las cábalas más disparatadas: la gravedad se está atenuando, una perturbación, una especie de tartamudeo de la rotación terrestre, como un calambre cuando uno juega al fútbol. Lamento saber demasiada poca física como para poder reducir a ciencia la escandalosa contradicción entre la velocidad del ascensor y el transcurso del tiempo que señala mi reloj. ¿Por qué no habré prestado atención en la escuela? ¿O

porqué habré leído los libros equivocados: poesía en lugar de física? El tiempo está fuera de quicio y en algún lugar del cuarto piso o del vigésimo (la o saja como un cuchillo mi cerebro negligente), en una habitación probablemente vasta y cubierta con una pesada alfombra, detrás de su escritorio probablemente colocado junto a la pared posterior de las dos más cortas de la habitación, la pared situada frente a la puerta, me está esperando con mi misión el Jefe (a quien mentalmente llamo Número Uno), a mí, que le he fallado. Acaso el mundo se está descuajeringando y mi misión, que era tan importante que el Jefe quería encomendármela en persona, ya ha perdido todo sentido a causa de mi negligencia. SIN OBJETO en el lenguaje burocrático de las oficinas, que tan bien he aprendido (¡ciencia superflua!), SEGUN CONSTA EN ACTA que ya nadie consultará nunca, porque él había adoptado precisamente la única medida posible para conjurar la catástrofe cuyo comienzo estoy viviendo ahora, encerrado en este ascensor que se ha vuelto loco con mi reloj de pulsera que se ha vuelto loco. Sueño desesperado dentro del sueño: poseo la facultad de transformar mi cuerpo en un proyectil —sencillamente enrollándome— que tras atravesar el techo del ascensor adelanta el tiempo. Despertar frío en el ascensor lentísimo cuando miro el reloj acelerado. Me imagino la desesperación de Número Uno. Su suicidio. Su cabeza, cuyo retrato engalana todas las dependencias oficiales, postrada sobre el escritorio. Sangre que emana de un agujero con bordes negros en la sien (presumiblemente la derecha). No he oído ningún disparo, pero eso no prueba nada, las paredes de su despacho están por supuesto insonorizadas, los incidentes estaban previstos en el momento de la edificación y lo que pasa en el despacho del Jefe no atañe a la población, el poder es solitario. Salgo del ascensor en la siguiente parada y me encuentro sin

Néstor Cantillana, Paulina Urrutia y Rodrigo Pérez en *La misión*, de Heiner Müller, dirigida por Alexander Stillmark

Juanpa Melo



misión, con la corbata que aunque ya no es necesaria sigue anudada ridículamente bajo mi mandíbula, de pie en un camino rural del Perú. Barro seco con rodadas. A ambos lados del camino, una llanura pelada con escasas cicatrices herbáceas y manchas de matorral gris intenta imprecisamente agarrar el horizonte, por encima del cual una cordillera nada en niebla. A la izquierda del camino unas barracas de aspecto abandonado, las ventanas agujeros negros con restos de vidrio. Ante una pared pintada con propaganda comercial de productos de una civilización extranjera están de pie dos gigantes lugareños. De sus espaldas se desprende una amenaza. Recapacito si debo volver atrás, todavía no me ha visto nadie. Nunca hubiera pensado, durante mi desesperada ascensión hacia el Jefe, que pudiera sentir nostalgia por ese ascensor que era mi prisión. Cómo justificar mi presencia en esta tierra de nadie. Me es imposible exhibir un paracaídas, una avioneta o un automóvil averiado. ¿Quién va a creerse que he llegado en ascensor a Perú, con este camino que se extiende delante y detrás de mí, flanqueado por la llanura que intenta asir el horizonte? ¿Pero cómo podría haber ni siquiera un principio de comprensión, si no conozco el idioma de este país: igual daría que fuese sordomudo? Mejor sería que fuese sordomudo: acaso haya compasión en Perú. No me queda otro recurso que la huida hacia un yermo ojalá exento de presencia humana, quizás de una muerte a otra, pero prefiero el hambre al cuchillo del asesino. Sin medios para comprar mi libertad estoy en todo caso, con mis escasas monedas de una divisa extranjera. Ni siquiera el morir en acto de servicio me concede el destino, mi causa es una causa perdida, empleado de un Jefe muerto es lo que soy, mi misión decidida en su cerebro del que ya no sale nada, hasta que se abran las cajas fuertes de la eternidad, cuya combinación es objeto de los desvelos de los sabios del mundo, en esta orilla de la muerte. Me desato el nudo de la corbata —ojalá que no sea demasiado tarde— cuya posición correcta me costó tanto sudor de camino hacia el

Jefe y hago desaparecer la llamativa prenda en mi chaqueta. Casi la tiro, y ello hubiera supuesto dejar un rastro. Al volverme veo por primera vez la aldea; adobe y paja, una hamaca a través de una puerta abierta. Sudor frío cuando pienso que me podrían estar observando desde allí pero no distingo ninguna señal de vida, lo único que se mueve es un perro: anda hurgando en un montón de basura que despidе un humo espeso. He perdido demasiado tiempo en vacilaciones: los hombres se separan de la pared con propaganda comercial y vienen cruzando el camino diagonalmente hacia mí, al principio sin mirarme. Veo los rostros por encima de mí, borrosamente negro uno, los ojos blancos, la mirada indiscernible: los ojos no tienen pupilas. La cabeza del otro es de plata gris. Una larga mirada tranquila de ojos cuyo color no logro precisar, en ellos relumbra algo rojo. Un temblor recorre los dedos de la mano derecha que cuelga pesadamente y en apariencia también es de plata, los vasos sanguíneos relucen en el metal. El plateado pasa de largo por detrás de mí, siguiendo al negro. Se desvanece mi miedo y da paso a la decepción: ¿no soy ni siquiera digno de un cuchillo o de un apretón estrangulador de manos metálicas? En la mirada tranquila que durante cinco pasos se fijó en mí, ¿No había algo de desprecio? ¿En qué consiste mi crimen? El mundo no ha sucumbido, suponiendo que éste de aquí no sea otro mundo. ¿Cómo se cumple una misión desconocida? ¿En qué puede consistir mi misión en este paraje yermo allende la civilización? ¿Cómo se entera el empleado de lo que pasa por la cabeza del Jefe? No hay ciencia humana que pueda arrancar mi misión perdida a las fibras cerebrales del que pasó a mejor vida. Con él la entierran, y el funeral oficial que quizás ahora ya se está poniendo en marcha no garantiza la resurrección. En mí se expande una especie de serenidad, me pongo la chaqueta en el antebrazo y desabotono la camisa: mi paso es un paseo. Delante de mí el perro cruza corriendo la carretera con una mano atravesada en las fauces, los dedos están vueltos hacia mí, parecen quemados. Con una amenaza que

no se dirige a mí unos jóvenes se cruzan en mi camino. En el punto donde el camino acaba, en medio de la llanura, se halla una mujer cuya actitud podría interpretarse como si me estuviese esperando. Extiendo los brazos hacia ella, cuánto tiempo hace que no tocamos una mujer, y oigo una voz varonil que dice: *Esta mujer es la mujer de un varón*. El tono no admite réplica y paso de largo. Cuando me vuelvo, la mujer tiende los brazos hacia mí y se descubre los pechos. En un terraplén cubierto de hierba, dos chavales se afanan intentando reparar un cruce entre máquina de vapor y locomotora que está situado en una vía muerta. Yo, como europeo que soy, me doy cuenta a la primera hojeada de que pierden el tiempo: ese armatoste nunca se moverá pero no se lo digo a los niños, el trabajo es esperanza, y sigo adentrándome en el paisaje, cuyo único trabajo consiste en esperar la desaparición del género humano. Ahora conozco mi destino. Tiro la ropa, ya no depende de lo exterior. En algún momento *El otro* me saldrá al encuentro, el antípoda, el doble con mi rostro de nieve. Uno de los dos sobrevivirá.

(...)

Sasportas abraza a Debuissou.

Debuissou: (...) La revolución ya no tiene patria, ello no es nuevo bajo este sol que acaso no iluminará una tierra nueva, la esclavitud tiene muchos rostros y aún no hemos visto el último, tú no, Sasportas, y nosotros tampoco, Galloudec, y acaso lo que a nosotros nos pareció la aurora de la libertad no era sino la máscara de una nueva esclavitud espantosa, en comparación con la cual la dominación del látigo en el Caribe y en otros lugares representa un sabroso anticipo de las delicias del paraíso, y acaso cuando se gastan las máscaras de tu amada desconocida, la libertad, se revela que no tiene otro rostro más que el de la traición: lo que hoy no traicionas te matará mañana. Desde la perspectiva de la medicina humana la revolución ha nacido muerta, Sasportas: trasladado de la Bastilla a la

Conciergerie, el libertador se transforma en guardián de prisiones. MUERTE A LOS LIBERTADORES, reza la verdad última de la revolución. Y en lo que atañe a mi asesinato en pro de nuestra causa: el papel de médico asesino no es ningún papel nuevo en el teatro de la sociedad, la muerte no significa tanto para el benefactor de la humanidad: otro estado químico, hasta que triunfe el desierto toda ruina es cimiento contra el colmillo del tiempo. A lo mejor yo no hacía otra cosas que lavarme las manos, Sasportas, cuando las bañé en sangre por el bien de nuestra causa, la poesía ha sido siempre el lenguaje de la inutilidad, negro amigo mío. Ahora llevamos otros cadáveres a cuestas que supondrán nuestra muerte si no nos deshacemos de ellos antes de llegar a la fosa. Tu muerte se llama libertad, Sasportas, tu muerte se llama fraternidad, Galloudec, mi muerte se llama igualdad. Cuando todavía eran nuestros rocines se cabalgaba bien sobre ellos, con el viento matinal refrescándonos las sienes. Ahora sople el viento del ayer. Los jamelgos somos nosotros. ¿Sentís las espuelas que se hincan en la carne? Nuestros jinetes llevan equipaje: los cadáveres del terror, pirámides de muerte. ¿Sentís el peso? Con cada duda que recorre nuestras circunvoluciones cerebrales se acrecienta su peso. Una revolución no tiene tiempo de contar sus muertos. Y ahora necesitamos nuestro tiempo para desinflar la revolución negra que hemos preparado tan cuidadosamente, misión encomendada por un futuro que ya es de nuevo pasado como los otros antes de él. ¿Por qué será que el futuro aparece raras veces en nuestra lengua, Galloudec? Acaso entre los muertos sea distinto, si es que el polvo tiene voz. Medita sobre ello, Sasportas, antes de jugarle la vida por la liberación de los esclavos dentro de un abismo que ya no tiene fondo desde la noticia de marras, que ahora voy a echarme al colete para que no quede ni rastro de nuestro trabajo. ¿Queréis también un pedazo? Esta fue nuestra misión, sólo sabe a papel. Mañana habrá recorrido el camino de toda carne, cada ascensión tiene su dirección, y quizás ya está en camino el meteorito desde los



Zweimaliges SONDERGASTSPIEL
anlässlich des Geburtstages von Heiner Müller

LA MISIÓN

de Heiner Müller

Alexander Billmark
Rodrigo Pérez
Alejandra Torres
Paulina Urzúa
Rodrigo Bizarras
Nestor Camillana
Julieta Figueroa
Claudio González
Ulta Aizpadien
Alessandra Guerzoni

9. und 10. Januar 1997
Berliner Ensemble
Theater der Zeit
Theater am Robertplatz

präsentiert von ITI Deutschland und Theater der Zeit

frios del espacio sideral, una masa compacta de hielo o de metal que excave el agujero definitivo en el suelo de los hechos, en el que siempre seguimos plantando nuestras precarias esperanzas. O el frío mismo que congele nuestros ayeres y mañanas en un hoy eterno. ¿Por qué no habremos nacido árboles, Sasportas, a los que nada de esto concierne? ¿O prefieres ser una montaña? ¿O un desierto? ¿Qué dices, Galloudec? Por qué os quedáis mirándome como pasmarotes. ¿Por qué no nos limitaremos a existir y a contemplar la guerra de los paisajes? ¿Qué queréis de mí? Molid vuestra propia muerte, si no os parece sabrosa la vida. Ayer soñé que caminaba por Nueva York. La zona estaba arruinada y no la habitaban blancos. Ante mí, en la acera, se erguía una serpiente dorada, y

cuando crucé la calle, vale decir la jungla de metal hirviente que era la calle, en la otra acera se erguía otra serpiente. Era de un azul deslumbrante. En el sueño lo supe: la serpiente dorada es Asia, la serpiente azul es Africa. Lo olvidé al despertar. Somos tres mundos. ¿Por qué lo sabré ahora? Y oi una voz que decía: *De pronto la tierra tembló violentamente porque el ángel del señor bajó del cielo y se acercó, corrió la losa y se sentó encima, tenía aspecto de relámpago y su vestido era blanco como la nieve.* Ya no quiero saber nada de esto. Durante un milenio se han reído de nuestras tres amadas. Se han revolcado en todos los albañales, han descendido a nado todos los sumideros, las han arrastrado por todos los burdeles, nuestra puta la libertad, nuestra puta la igualdad, nuestra puta la fraternidad. Ahora quiero sentarme allí donde la gente ríe, libre para todo lo que me guste, igual a mí mismo, hermano mío y de nadie más. Tu piel va a seguir siendo negra, Sasportas. Tú, Galloudec, vas a seguir siendo un campesino. Se rien de vosotros. Mi lugar está allí donde se rien de vosotros. Me río de vosotros. Me río de vosotros. Me río del negro. Me río del campesino. Me río del negro que con libertad quiere lavarse hasta la blancura. Me río del campesino que va con la máscara de la igualdad puesta. Me río del embrutecimiento causado por la fraternidad, que me ha cegado —a mí, Debuissou, amo de cuatrocientos esclavos, sólo necesito decir amén, amén Jesús al orden sagrado de la esclavitud— hasta el punto de no ver tu sucio pellejo de esclavo, Sasportas, tu trotecillo de labrador a cuatro patas, Galloudec, el yugo sobre la cerviz con que los bueyes trazan el surco en el predio que no te pertenece. Quiero mi trozo del pastel del mundo. Me cortaré mi trozo arrebatándoselo al hambre del mundo. Vosotros no tenéis cuchillo.

Sasportas: Me has roto una bandera. Voy a cortarme otra de mi piel negra.

Con el cuchillo se corta una cruz en la palma de la mano.

Nos despedimos ciudadano Debuissou.

Aprieta su mano sangrante contra la cara de Debuissou.

¿Te sabe bien mi sangre? Dije que los esclavos no tienen patria. No es verdad, la patria de los esclavos es la rebelión. Marcho a luchar, armado con las humillaciones de mi vida. Me has puesto un arma nueva en las manos y te lo agradezco. Puede ser que mi puesto esté en el cadalso, y a lo mejor ya me esté creciendo la soga en torno al cuello mientras hablo contigo en lugar de matarte, a ti a quien no debo nada más que mi cuchillo. Pero la muerte carece de significado y en el cadalso sabré que mis cómplices son los negros de todas las razas, cuyo número crece a cada minuto que te pasas en tu comedero de propietario de esclavos o entre los muslos de tus ramerías blancas. Cuando los vivos no puedan seguir luchando, lucharán los muertos. Con cada latido de la revolución les vuelve a crecer carne sobre los huesos, sangre en las venas, vida en su muerte. La rebelión de los muertos será la guerra de los paisajes, nuestras armas los bosques, las montañas, los mares, los desiertos del mundo. Yo seré bosque, montaña, mar, desierto. Yo es África. Yo es Asia. Ambas Américas soy yo.

Galloudec: Voy contigo, Sasportas. Nadie escapa a la muerte, Debuissou. Y eso es todo lo que nosotros tenemos todavía en común. Tras la masacre de Guadalupe, en medio de un montón de cadáveres negros, encontraron a un blanco asimismo muerto. Eso en todo caso ya no te puede pasar a ti, Debuissou. Estás fuera.

Debuissou: Quedaos. Me da miedo, Galloudec, la belleza del mundo. Bien sé que es la máscara de la traición. No me dejéis a solas con mi máscara, que ya me crece por dentro de la carne y sin dolor. Matadme antes de que os traicione. Me atemoriza, Sasportas, la ignominia de ser feliz en este mundo.

Dijo, susurró, gritó Debuissou. Pero Galloudec y Sasportas se fueron el uno con el otro. Dejaron a

Debuissou a solas con la traición, que se había acercado a él como una serpiente que sale de debajo de una piedra. Debuissou cerró los ojos para resistir la tentación de mirar a la cara a su primer amor, que era la traición. La traición bailó. Debuissou se apretó las manos contra los ojos. Oía a su corazón latir al ritmo de los pasos de danza. Con los latidos se aceleraron los pasos. Debuissou se sentía pestañear contra las palmas de las manos. Acaso la danza había concluido ya y lo único que seguía retumbando era su corazón mientras que la traición, con los brazos acaso cruzados sobre el pecho o puesta en jarras o con las manos ya prendidas de la vulva, con el sexo palpitante de deseo con ojos húmedos, le miraba a él Debuissou, que ahora se apretaba los ojos con los puños, atemorizado por el hambre de la ignominia de la felicidad que le devoraba. Acaso la traición ya se había marchado. Sus propias manos ansiosas se negaban a obedecer a Debuissou. Abrió los ojos. La traición, sonriendo, mostraba los pechos, esparrancaba en silencio las piernas, su belleza golpeó a Debuissou como una cuchilla. Olvidó el asalto a la Bastilla, la marcha del hambre de los ochenta mil, el final de la Gironda, su cena con un muerto a la mesa, Saint Just, el ángel negro, Danton, la voz de la revolución, Marat, curvado sobre el puñal, la quijada rota de Robespierre, su grito cuando el verdugo desató la venda, su última mirada compasiva al júbilo de la muchedumbre. Debuissou recurrió al último recuerdo que aún no le había abandonado: una tormenta de arena cuando navegaban por delante de Las Palmas, con la arena vinieron grillos al barco y les acompañaron durante la travesía del Atlántico. Debuissou se acurrucó para resistir la tormenta de arena, se restregó los ojos para sacar la arena, se tapó los oídos para no oír el canto de los grillos. Entonces la traición se abalanzó sobre él como un cielo, la felicidad de los labios de la vulva como una aurora.